

~~~~~

## CAPITULO II.

---

### *De las Tragedias griegas.*

EN las composiciones teatrales con especialidad descubrimos visiblemente cuales son las costumbres, la religion, y las leyes del país en que fuéron compuestas y representadas con aceptación. Para que el autor logre aplausos en el teatro, es menester que él posea, además de las prendas literarias, algo de lo que constituye el mérito de las acciones políticas, el conocimiento de los hombres, de sus hábitos y preocupaciones.

El dolor y la muerte son los primeros medios de las situaciones trágicas; y la religion modifica siempre poderosamente la acción del dolor y el terror de la muerte. Veamos pues los efectos que las opiniones

religiosas de los Griegos podian añadir á sus tragedias, y los que ellas les vedaban.

La religion de los Griegos era singularmente teatral; se cuenta que una tragedia de Esquiles, las Eumenides, produjo una vez una tan prodigiosa impresion, que las mugeres embarazadas no pudieron soportar su representacion: los terrores del inferno, el dominio de la supersticion, mucho más que los primores de la tragedia, obraban así sobre las almas. Disponia el poeta á un mismo tiempo de la fe religiosa, y de las pasiones humanas. Si se transportara el mismo asunto, la misma tragedia á los países en que son diferentes las creencias, ninguna cosa sería mas diferente que la impresion que ella haria. Verémos, al examinar la literatura del norte, qué fuente de connoçiones puede hallarse en una religion de otro carácter; y mostraré, hablando de la literatura moderna, como siendo las ideas religiosas del cristianismo muy abstractas ó místicas pasa ser representadas en el teatro, los autores dramáticos debieron ocuparse única-

mente en excitar el interes con la enérgica pintura de las pasiones. Me limito ahora á lo que concierne á los Griegos. ¿Qué impresion hacia en ellos la pintura de la muerte y dolor? ¿De qué modo debian ellos pintar los estravíos de las pasiones, con arreglo á su sistema religioso y político?

Su religion atribuia á los dioses una suma potestad sobre los remordimientos de los culpables. Representaba ella, bajo los mas horrendos visos, los martirios de los delinquentes. Puesta bajo diversas formas esta situacion en el teatro, causaba siempre un insuperable espanto en los espectadores. Tambien por este medio de terror, ejercian los legisladores una grande potestad, y se conservaban diversas máximas morales entre los hombres. La imágen de la muerte producía un efecto ménos triste sobre los Griegos que sobre los modernos. Las creencias del paganismo templaban sobremanera el temor de la muerte. Los antiguos revestian con las mas sobresalientes imágenes la vida futura; habian materializado el otro

mundo con descripciones, con pinturas, con relaciones de toda especie; y su mitología habia cegado, por decirlo así, el abismo que la naturaleza puso entre la existencia y la muerte. Estas opiniones podian tener su utilidad pública; pero como la idea de la muerte hace experimentar á la imaginacion de los modernos una impresion mas fuerte y sensible, surte ella un mayor efecto trágico entre nosotros.

Los Griegos eran mucho ménos capaces de adversidad que ninguna otra nacion de la antigüedad; se hallan entre ellos ménos ejemplos de suicidio que entre los Romanos; sus instituciones políticas, su espíritu nacional, los disponian mas al gusto y felicidad juntamente. En general, es necesario atribuir, entre los antiguos, el alivio de una cierta intension de dolor, á las supersticiones del gentilismo. Los sueños, los presentimientos, los oráculos, cuanto nos echa en la vida de lo extraordinario, de lo inesperado, no permite creer en la desgracia irrevocable. Las situaciones mas adversas

no parecen irremediables nunca; se lisonjea uno siempre con un prodigio. El cálculo de las probabilidades morales puede presentar á menudo un resultado inflexible, mientras que cuando se cree en lo sobrenatural, no existe lo imposible; así la esperanza no está totalmente destruida nunca. Aquel abatimiento profundo en que el desventurado cae, abatimiento tan dolorosamente expresado por Shakespeare, no podía pintarse por los Griegos; pues ellos no le experimentaban. Los hombres afamados estaban espuestos á la persecucion, pero nunca á la soledad ni olvido. Las grandes adversidades asombraban tambien al género humano, se les suponía una causa milagrosa, y las rodeaban con sueños mitológicos. Se hallaba sostenida la vida por todas partes.

No siendo la religion de los Griegos para nosotros mas que poesia, sus tragedias no nos harán experimentar nunca una conmocion igual á la que ellos resentian oyéndolas. Contaban los autores griegos con un cierto número de efectos trágicos que dependian

de la credulidad de sus espectadores; y con los terrores religiosos podian suplir algunas conmociones naturales.

Todo, entre los Griegos, tiene la gracia y ventaja de la juventud; el dolor mismo, si podemos decirlo, está allí todavía en su novedad, conservando la esperanza, y encontrando siempre la piedad. Se conmovian los espectadores tan fácilmente, se interesaban tan vivamente en el dolor, que esta certeza ponía al poeta en confianza con sus oyentes; no temía (lo que en nuestros dias debe temerse hasta en las ficciones) importunar con la queja, como si la desgracia, en las pinturas de imaginacion, pudiera fatigar todavía al egoismo.

La adversidad, entre los Griegos, se mostraba augusta; ofrecía ella nobles actitudes á los pintores, magestuosas imágenes á los poetas; daba una nueva solemnidad á las ideas religiosas; pero es mil veces mas profundo el enternecimiento que causan las tragedias modernas. Lo que se representa en nuestros dias, no es ya solamente el do-

lor presentando á la vista un magestuoso espectáculo, sino el dolor en sus impresiones solitarias, sin apoyo ni esperanza; es el dolor tal como la naturaleza y sociedad le formaron.

Los Griegos no exigian como nosotros el juego de las situaciones, el contraste de los genios; y sus trágicos no hacian resaltar las perfecciones con la oposicion de las sombras. Su arte dramático se asemejaba á su pintura, en que todos los colores son vivos, en que todos los objetos se presentan en el mismo plano, sin que se observen allí las leyes de la perspectiva.

Fundando los trágicos griegos la mayor parte de sus piezas sobre la accion continua de la voluntad de los dioses, estaban dispensados de una cierta especie de verisimilitud, que es la graduacion de los sucesos naturales; producian grandes efectos, sin haberlos atraido con diferencias progresivas; estando el espíritu dispuesto siempre al temor con la religion, á lo extraordinario con la fe, los Griegos no dibujaban los genios

con aquella propiedad filosófica exigida en los tiempos modernos. El contraste de los vicios y virtudes, los combates interiores, la mezcla y oposicion de los afectos que es menester pintar para cautivar el corazon humano, se indicaban apénas. Les bastaba á los Griegos un oráculo de los dioses para explicarlo todo.

Orestes mata á su madre; á lo que le anima Electra sin un momento de incertidumbre ni pesares; los remordimientos de Orestes despues de la muerte de Clitemnestra no se preparan con los combates que él debia experimentar ántes de matarla: el oráculo de Apolo habia prescripto el asesinato: cuando está cometido, las Eumenides se apoderan del culpable; se echan de ver apénas los afectos del hombre en medio de sus acciones. Se relegan á los coros las reflexiones, incertidumbres, deliberaciones, y temores; obrando los héroes siempre por orden de los dioses.

Imitando Racine á los Griegos en algunas de sus piezas, explica, con razones sacadas

de las pasiones humanas, las iniquidades ordenadas por los dioses; coloca un razonamiento moral al lado del poder del fatalismo; es necesario semejante razonamiento en un país que no cree en la religion de los gentiles; pero entre los Griegos, el efecto trágico era tanto mas terrible, quanto él tenia una causa sobrenatural por fundamento. La fe que los Griegos tenian en semejantes causas, daba necesariamente ménos independéncia y variedad á las afecciones del alma.

Existia un dogma religioso para decidir de cada afecto, como una deidad para personificar cada árbol, cada planta. No podia negarse la piedad al que se presentaba con un ramo de oliva adornado con cintillas, ó tenia abrazado el altar de los dioses: este es el asunto único de la tragedia de las Suplicantes. Semejantes creencias dan una elegancia poética á todas las acciones de la vida; pero ellas destierran habitualmente lo que hay de irregular, de imprevisto, de irresistible en los impulsos del corazón\*.

\* A veces acontere que los dogmas mitológicos

El amor es entre los Griegos, como todas las demas pasiones vehementes, un simple efecto de la fatalidad. Tanto en las tragedias como en los poemas, estrañamos siempre de lo que faltaba á los afectos del corazón, cuando las mugeres no estaban destinadas á sentir y juzgar. Alcestes da su vida por Admeto; ántes de resolverse á ello ¿qué no le hace decir Eurípides para inducir al padre de Admeto á sacrificarse en su lugar? Pintaban los Griegos una accion generosa; pero no sabian qué gozos puede hallar uno en arrostrar con la muerte por lo que ama, y qué zelos puede tener de cualesquiera rivales en este apasionado sacrificio. Se dice, con razon, que no podrian representarse en el teatro frances las mas de las composiciones griegas, puntualmente traducidas:

aumentan, en las obras de los antiguos, el efecto de las situaciones afectuosas; pero con la mayor frecuencia la virtud de estos dogmas dispensa de la necesidad de convecer, de subir á la fuente de las conmociones del alma; y las pasiones humanas no son entónces ni razenadas ni profundizadas.

no porque ciertas negligencias del arte impidieran aplaudir tantas perfecciones originales, sino que ahora costaria trabajo el soportar una cierta falta de delicadeza en las expresiones sensibles. Estudiando las dos Fedras, es mas particularmente fácil vencerse de esta verdad.

Racine aventuró en el teatro frances un amor de la especie griega, un amor que es menester atribuir á la venganza de los dioses. Pero ¡hasta qué grado vemos sin embargo en el mismo asunto la diferencia de las edades y costumbres! Eurípides hubiera podido hacer decir á Fedra :

*Ce n'est plus une ardeur dans mes veines cachée ;  
C'est Vénus tout entière à sa proie attachée.*

« No es ya un ardor en mis venas oculto; es Vénus toda entera en su presa cebada. »

Pero un Griego no hubiera hallado nunca este verso :

*Ils ne se verront plus ; — Ils s'aimeront toujours.*

« No se verán más ; — Se amarán siempre! »

Las tragedias griegas son pues, en mi concepto, muy inferiores á las nuestras modernas, porque el talento dramático no se compone solamente del arte de la poesía, sino que consiste tambien en el profundo conocimiento de las pasiones; y bajo este aspecto la tragedia debió seguir los progresos del espíritu humano.

No por ello son los Griegos ménos admirables en esta carrera, como en todas las demas, cuando comparamos sus aciertos con la época del mundo en que ellos vivieron. Trasladaron á su teatro cuanto habia de perfecto en la imaginacion de los poetas, en los genios antiguos, en el culto del paganismo; y estando el siglo de Pericles mucho mas adelantado en filosofía que el de Homero, las composiciones teatrales adquirieron tambien mas profundidad en esta especie.

Puede notarse una perfeccion sensible en los tres trágicos, Esquiles, Sofócles, Eurípides; aun hay mucha distancia entre Esquiles y los otros dos, para explicar única-

mente esta superioridad con el curso natural del espíritu en un tan breve espacio de tiempo; pero Esquiles no habia visto mas que la prosperidad de Atenas; Sofócles y Eurípides fuéron testigos de sus reveses, con lo cual se acrecentó su ingenio dramático, pues la desgracia tiene tambien su cierta fecundidad.

Esquiles no presenta resultado ninguno moral; ni une casi jamas con reflexiones el dolor físico \* y el del alma. Un grito de sufrimiento, una queja sin progreso, sin recuerdos ni prevision, espresan las impresiones del momento, y muestran cual era el estado del alma ántes que la reflexion hubiera colocado dentro de nosotros mismos un testigo de nuestros interiores impulsos.

Sofócles pone á menudo máximas filosóficas en la letra de los coros. Eurípides prodiga estas máximas en los discursos de sus personajes, sin que ellas se ligen siempre

\* Véase Prometeo.

perfectamente con la situacion y carácter. Se ven en estos tres autores su talento personal y el progreso de su siglo; pero ninguno de ellos llega á la pintura triste y melancólica que los trágicos ingleses, y los escritores modernos nos hicieron del dolor; ninguno de ellos presenta una filosofía sensible, tan profundamente conforme con los pesares del ánimo. Envejeciéndose el género humano, se hace ménos accesible á la compasion; fué necesario pues profundizar mas adelante para volver á hallar la raiz de la conmocion; y la desgracia solitaria tuvo necesidad de recurrir á una fuerza interior mas activa.

Los infinitos premios que se acórdaban entre los Griegos al ingenio dramático, fomentaban, bajo muchos aspectos, los adelantamientos del arte; pero las delicias mismas de los elogios, perjudicaban en algun modo al talento trágico. El poeta estaba muy satisfecho, y muy exaltado, para dar á la desgracia una espresion profundamente melancólica. En las tragedias modernas, se

echa de ver casi siempre, por la calidad del estilo, que el autor mismo experimentó algunas de las penas que él representa.

El buen gusto de los Griegos, en las tragedias, es notable con frecuencia por su pureza. Como eran los primeros, como no podian ser imitadores, debieron comenzar mas bien por los defectos de la simplicidad, que por los de la afectacion. Todas las literaturas modernas trataron en los principios obrar mejor, ó á lo ménos de diferente modo que los antiguos. Teniendo los Griegos por único modelo la naturaleza, fueron rústicos á veces, pero afectados nunca. No se perdía ningun esfuerzo suyo, y seguian la verdadera senda.

Podemos censurar algunas veces á los trágicos griegos lo difuso de las narraciones y discursos que ellos introducian en el teatro; pero los espectadores no habian aprendido todavia á fastidiarse; y los autores no reducen sus medios de efecto, mas que cuando temen el pronto cansancio del auditorio. Nos hace el espíritu filosófico mas

severos sobre el uso del tiempo; y tan léjos de que las naciones de imaginacion requieran alguna rapidez en las pinturas que se les presentan, se recrean con las individualidades, y se fatigarian mucho mas presto con los compendios.

Los Griegos cometen tambien, en comparacion á nosotros, muchas mas faltas en su modo de hablar de las mugeres. Hacian representar sus papeles en las tragedias por hombres, y no concebian el encanto que los modernos tienen á la idea de una muger. Excepto este corto número de criticas, debemos reconocer que los Griegos tuvieron en las tragedias un gusto perfecto, y una notable regularidad. Este pueblo, tan turbulento en sus contiendas políticas, tenia en todas las artes (ménos en la comedia) un gusto sabio y moderado. Es menester atribuir á su religion mas particularmente su estabilidad en las máximas del género noble y sencillo.

El pueblo de Atenas no exigia que se mezclasen, como en Inglaterra, los lances estra-



salarios de la vida comun con las situaciones heróicas. Se representaban la tragedias griegas en las fiestas dedicadas á los dioses; y estaban fundadas casi todas sobre dogmas religiosos. Un piadoso respectó apartaba de estas obras maestras, como de un templo, todo papel bajo ó toda imágen indecente. Los héroes que los autores dramáticos pintaban, no tenían aquella continuada magestad que les dió Racine; pero no es menester atribuir esta diferencia á una condescendencia popular; todos los poetas pintaron así los caracteres, ántes que ciertos hábitos monárquicos y caballerescos nos hubiesen dado la idea de una naturaleza de convencion.

Los más de los personajes puestos en accion en las composiciones griegas, están sacados de la Iliada ó de la historia heróica de la misma época. La idea fuerte que Homero habia dado de sus héroes, los sirvió mucho á los autores trágicos. Los solos nombres de Ajax, de Aquiles, de Agamemnon, producian desde luego una conmocion de

recuerdo. Su destino era un asunto nacional para los Griegos; representándolos el poeta dramático, no tenia mas que esplanar las ideas recibidas; no estaba obligado á inventar á un mismo tiempo el carácter y la situacion; y existian de antemano el respeto é interes en favor de los hombres que él queria pintar. Los modernos mismos se aprovecharón de la augusta celebridad de los personajes trágicos de la antigüedad; nuestras mas admirables y sencillas situaciones trágicas se tomarón del griego. No porque los Griegos sean superiores á los modernos sino porque fuéron los primeros en pintar aquellos afectos dominantes, cuyos principales rasgos deben permanecer siempre unos mismos.

Los caracteres trágicos del amor maternal tienen todos una conformidad de cualquiera especie con el dolor de Clitemnestra, y el sacrificio filial debe recordar siempre á Antigona \*. Existe finalmente en la naturaleza

\* De que los sucesos mas fuertes y adversos de la vida se pintaron por los Griegos, no se sigue que

moral, como en la luz del sol, un cierto número de rayos que producen colores vivísimos ó distintos; variamos estos colores con su mezcla, pero no podemos formar uno enteramente nuevo.

Los tres trágicos griegos trataron todos los mismos asuntos; no los inventaron nuevos; no lo deseaban los espectadores de modo ninguno; los autores no pensaban en ello, y ni quizás, lo hubieran logrado. Las acertadas concepciones de sucesos extraordinarios son mas la obra de las tradiciones que de los poetas. La cadena de los raciocinios conduce á algunos descubrimientos en la filosofía; pero la primera idea de la invencion de los hechos poéticos es casi siempre un efecto de la casualidad. La historia, las costumbres, y aun fábulas populares auxilian la imaginacion de los poetas. No hubiera hallado Sofócles en su

ellos hayan igualado á los modernos en la delicadeza y profundidad de los afectos é ideas que estas situaciones pueden inspirar.

cabeza el asunto de Tancredo, ni Voltaire el de Edipo. No se descubren nuevas fábulas maravillosas, cuando la credulidad del vulgo no se presta ya á ello; en balde lo querriamos, pues el talento se negaria á ello.

El valor dado á los coros que se reputan como que representan al pueblo, es casi el único vestigio del espíritu republicano que pueda notarse en las tragedias griegas. Las comedias traen á la memoria con frecuencia el estado político de la nacion; pero, en las tragedias, se pintaban de continuo las desgracias de los reyes \*; y se interesaba uno

\* Barthelemy, en su célebre *Viage del jóven Anacarsis*, dice que los Atenienses hacian representar en el teatro los reveses de los reyes para fortificar el espíritu republicano. No creo que el recordar incesantemente las desgracias de los reyes fuera un medio de desterrar el amor de la dignidad real. Los grandes desastres son dramáticos; conmueven ellos fuertemente la imaginacion: pues bien, no se destruye así una preocupacion, cualquiera que ella sea.

en su suerte. La ilusion de la dignidad regia subsistia entre los Atenienses, á pesar de que eran amantes de su gobierno republicano. No parece que aquel entusiasmo de libertad que caracteriza á los Romanos, reinase con el mismo vigor entre los Griegos; estos habian tenido que hacer menores esfuerzos para conquistar su libertad; y no habian echado del trono, como los Romanos, á una estirpe de reyes crueles, propia para hacerles coger horror á cuanto podia recordar su memoria. El amor de la libertad era para los Griegos un hábito, un modo de ser, y no una pasion dominante cuya expresion les fuese necesario hallar en todas partes.

Los Atenienses eran amantes de sus instituciones y pais, pero esto no era, como entre los Romanos, por un afecto exclusivo. No se halla en sus tragedias mas que un rasgo característico de la democracia; son las reflexiones que los principales personajes y coros repiten incesantemente sobre la rapidez de los contratiempos del destino, y

sobre la inconstancia de la fortuna. Las repentinas y frecuentes revoluciones del gobierno popular conducen á menudo hácia esta especie de consideraciones filosóficas. No imitó Racine á los Griegos sobre este particular. En el reinado de un monarca tal como Luis XIV, su voluntad debia ocupar el lugar de la suerte, y se carecia de valor para suponerle caprichos; pero en cuantos paises domina el pueblo, lo que hace mayor impresion en los ánimos, son los trastornos que se efectúan en los destinos; es la caída rápida y terrible de la cima de la grandeza al abismo de la adversidad.

Los autores trágicos tratan siempre de avivar las impresiones que esperimentó con frecuencia la nacion que los oye. En efecto, los recuerdos sirven mucho siempre en el enternecimiento; y tan léjos de que sea necesario, tanto en los afectos como en los pensamientos, cautivar con nuevas relaciones la atencion, cuando queremos arrancar algunas lágrimas, nos es necesario recordar lo pasado.

---

### CAPITULO III.

---

#### *De la Comedia griega.*

Las tragedias (si exceptuamos algunas obras maestras) requieren ménos conocimiento del corazon humano que las comedias; la imaginacion basta para pintar lo que se presenta naturalmente á la vista, la expresion del dolor. Los caractéres trágicos deben tener entre sí una cierta semejanza que escluye la finura de las observaciones; y los modelos de la historia heróica trazan de antemano el camino que conviene seguir. Pero aquella delicadeza de gusto, aquella superior filosofia, que Moliere mostró en sus comedias, no pueden poseerse por el espíritu humano mas que á continuacion de muchos siglos; y aun cuando hubiera vivido en

Aténas un ingenio igual al de Moliere, no hubiera podido acertar con la buena comedia.

Nos preguntamos sin embargo con asombro, cuando leemos las comedias de Aristófanes, como es posible que se hayan aplaudido semejantes piezas en el siglo de Pericles, y que los Griegos hayan manifestado tan buen gusto en las bellas artes, y una tan repugnante rusticidad en las chanzas. Dimana esto de que ellos tenían el buen gusto que pertenece á la imaginacion, y no el que proviene de la moralidad de los afectos. Las bellas formas de toda especie agradaban á sus ojos; pero su alma no estaba advertida por una escrupulosa delicadeza de los miramientos que deben guardarse. Experimentaban mucho mas entusiasmo que respeto en favor de los elevados genios. La desgracia, el poder, la religion, el ingenio, cuanto heria la imaginacion de los Atenienses, excitaba una especie de fanatismo en ellos; pero esta impresion se desvanecia con la misma facilidad, desde que la substituia

otra igualmente viva. Los efectos graduales y modificados no convienen apénas á las costumbres democráticas; y como habia necesidad de hacerse oír y aplaudir siempre del pueblo, se entregaban, para divertirle, á los contrastes fuertes que llaman fácilmente la atención de todos los hombres.

La tragedia se resentía ménos de este deseo de agradar al vulgo; ella hacia parte, como ya lo he dicho, de una fiesta religiosa. Por otra parte no es menester consultar con los gustos ni luces del pueblo para enternecerle; la conmocion de la piedad llega á todos los corazones por el mismo camino. Nos dirigimos al hombre en la tragedia; pero para lograr un triunfo pópular en la comedia, es necesario conocer esta época, aquel pueblo, y estotras costumbres; se toma el llanto en la naturaleza, y la chanza en los hábitos.

Las máximas de la moralidad sirven comunmente de reglas de gusto á las últimas clases de la sociedad; y estas máximas bastan á menudo para ilustrarías, aun en lite-

ratura. El pueblo de Atenas no tenia aquella delicada moralidad que puede suplir el tacto mas fino del espíritu; se entregaba á las supersticiones religiosas; pero carecia de ideas fijas sobre la virtud, y no reconocia ninguna máxima, ningun limite, ningun pudor en los objetos de sus recreos.

La exclusion de las mugeres impedia tambien que los Griegos se perfeccionaran en la comedia. No teniendo los autores ningun motivo para contemporizar con nada, para encubrir, ni suponer nada, la gracia y finura debian faltar necesariamente á su alegría. Aquellas máscaras, aquellas bocinas, todos aquellos estravagantes estilos del teatro de los antiguos disponian el espíritu, como las caricaturas en el dibujo, á la invencion estafalaria, y no al estudio de la naturaleza.

Aristófanés cogia algunas chanzas populares; presentaba algunos contrastes de una invencion comun y de una espresion ordinaria; pero en sus piezas no resaltan las ridiculeces de los hombres, y estravagancias

de la sociedad, con la pintura de los genios, ni con la propiedad de las situaciones.

Las mas de las comedias de Aristófanes eran relativas á los sucesos de su tiempo. No se habia imaginado todavía sostener la curiosidad por medio de una maraña cabalresca; el interes de las aventuras particulares depende absolutamente del papel que hacen las mugeres en un pais. El arte cómico, tal como él se hallaba en tiempo de los Griegos, no podia pasarse sin alusiones; no se habia profundizado bastante el corazon humano en sus ocultas pasiones, para interesar pintándolas solamente; pero era muy fácil agradar al pueblo convirtiendo á sus gefes en objeto de ludibrio público.

La comedia de circunstancia tiene tan fácilmente acierto, que ella no puede lograr ninguna reputacion durable. Aquellos retratos de los hombres vivos, aquellos epigramas sobre los hechos coetáneos, son unas chanzas de familia, y unos triunfos de un dia, que deben fastidiar á las naciones y siglos; aun el mérito de semejantes obras puede desvanecerse de un año á otro.

Si vuestra memoria no se representa el asunto de las alusiones, vuestro espíritu no os basta para comprender la gracia de estos escritos; y si es necesario reflexionar en una chanza para descubrir su sentido, está malogrado todo su efecto.

El espectador toma totalmente parte en la ilusion de la tragedia; se interesa bastante por el héroe de la pieza, para comprender costumbres estrañas, para trasladarse á unos paises enteramente nuevos. La conmocion lo hace abrazar y concebir todo; pero está sosegada en la comedia la imaginacion del espectador, la cual no presta su socorro al autor; la impresion de la alegría es en tanto grado ligera y espontánea, que el mas débil esfuerzo, la mas leve distraccion podrían ahuyentárnosla.

Aristófanes no compuso mas que piezas de circunstancia, porque los Griegos se hallaban sumamente distantes de la profundidad filosófica, que permite concebir una comedia de figuron, una comedia que interese al hombre de todos los paises y tiempos. Las comedias

de Menandro y los caracteres de Teofrasto hicieron adelantar, el uno la decencia teatral, y el otro la observacion del corazon humano; porque estos dos escritores le llevaban á Aristófanés la superioridad de un siglo mas; pero los autores, en general, se dejan seducir fácilmente en las democracias por el irresistible atractivo de los aplausos populares. Es un escollo para las comedias de los pueblos libres, el triunfo que se consigue poniendo en el teatro algunas ausiones á los negocios públicos. No sé si semejantes comedias son una señal de libertad; pero son por necesidad la ruina del arte dramático.

El pueblo de Aténas, como lo he dicho ya, era sumamente propenso al entusiasmo; pero no por ello era ménos amante de la sátira que ultrajaba á los hombres superiores. Las comedias de Aténas servian, al modo de los periódicos de Francia, para el nivel democrático; con esta diferencia, que la representacion de una comedia llena de personalidades contra un hombre vivo, es una especie de insulto, contra el que ningun

nombre considerado podria resistir en nuestros dias. Nos entregamos muy poco á la admiracion, para no tener que temerlo todo de la calumnia; los amigos, en Francia, abandonan muy fácilmente, para que no sea necesario poner un limite á la violencia de los enemigos. En Aténas le era á uno posible darse á conocer, y justificarse en la plaza pública á la vista de la nacion entera; pero en nuestras numerosas asociaciones, no podria oponerse mas que la luz lenta de los escritos contra la animada ridiculez del teatro. Ninguna fama, ninguna autoridad pública puede sostener esta desigual lucha.

La república misma de Aténas debió su esclavitud á aquel abuso de la escena cómica, á aquella desordenada propension á las burlas que la necesidad de divertirse estimulaba todos los dias. La comedia de los Nublados dispuso los ánimos para la acusacion de Sócrates. Demóstenes, en el siglo siguiente, no pudo arrancar á los Atenienses de sus espectáculos, de sus ocupaciones frivolas, para ocuparlos en Filipo. Lo que se habia temido